

LAPALABRA

YELHOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

César Rodríguez Chicharro
lapalabrayelhombre@uv.mx
Universidad Autónoma de México

Tres poemas inéditos

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 39, enero-marzo 2017, pp. 16-17.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección de Editorial
La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

TRES POEMAS INÉDITOS

César Rodríguez Chicharro

CHICANO

Peinar, peinar el bosque,
encontrar el cadáver
todo rictus y huesos,
y sangre deshojada.
Decir: "My God".
Decir: "Qué joven era
y cuánto prometía".
Hablar por el camino
del juego de los broncos.
Descabezar un sueño
por donde ronda y ronda,
fijamente, la imagen
de un chicano cualquiera,
a quien él y los suyos
le cobrarán la ofensa:
la muerte de May Lee,
May Lee, May Lee la puta,
a palos y puñadas
riñones destrozados,
patadas en los huevos.
Dormir, dormir, dormir.
Cerrar, cerrar el caso.

• **César Rodríguez Chicharro** (Madrid, 1930-Ciudad de México, 1984) llegó al país con sus padres republicanos exiliados en 1939. Estudió Letras en la UNAM y fue profesor de literatura, crítico literario, editor y poeta. En la UV dirigió la Facultad de Letras Españolas, el Departamento Editorial, el Centro de Investigaciones Literarias y *La Palabra y el Hombre*. Formó parte de la generación de poetas hispanomexicanos, integrada, entre otros, por Tomás Segovia, José Pascual Buxó, Gerardo Deniz, Jomí García Ascot, Luis Rius, Enrique de Rivas y Manuel Durán. Estos poemas pertenecen a su última etapa de creación.

VICTORIA

Habrás llegado simplemente a tu casa
quejándote del tiempo, de la lluvia, del bus;
oído las preguntas inevitables
con un aire hermano de aquel con que respondes
abotagada, torpe por el peso del sol.

Habrás pensado ducharte largamente, tibiamente,
imaginado oír entre las gotas el rock de Cooper
interrumpido a ratos por el rollo terrífico de Price.

Habrás cenado tan parca como impensadamente,
respondido entretanto con ríspidos bufidos,
gestos, guiños y palabras procaces, a tu hermano,
que menor siempre, necio, garrafal a lo bestia,
se empeñaba obsesionado en hundirte en su onda
cuando la tuya es otra, batida, sí, a veces,
y también traqueteada, aunque a lo muelle.

(¿Y la mía, Victoria? ¿Cuál, cómo es mi onda?
¿Nada soy, podré, sabré ser para ti
así tenga pendiente, enclaustrado en mi almarío,
tanto alígero, inútil, apolillado amor?)

ACONCAGUA

“No moriré sin haber visto el Aconcagua”.
Y no porque verlo me interese,
ni porque (si verdaderamente llegara a desearlo)
no pueda verlo. Quizá se trate
de que sólo de vez en vez me duele en los costados
(vanidoso que soy) la fatiga del mundo,
y un aura de silencio me aprisiona las sienas,
y el corazón mama y escupe sangre
con una lentitud que me sería fácil calificar
(aunque no sé por qué hacerlo) de beatífica,
acaso obedeciendo órdenes
de una masa encefálica harta hasta el tope
de concebir nonadas.
Cuando (parcial o íntegramente) advierto esas señales
doy (¿a qué los eufemismos?) en cagarme de miedo,
y recuerdo angustiado que me he prometido
no ser (tópico) pasto de los gusanos
antes de haber visto el Aconcagua.
Y resulta del todo innecesario recordarme
que terminaré haciéndome a la idea de morir
sin haberlo mirado
(y sin haber sabido cómo se juega al bridge
o cómo se maneja una locomotora). **LPyH**